

de la posición social; lo mismo sucedía con los naturales de las islas Tonga. Este viajero cuenta también que en Tahiti, las clases superiores dan á conocer su categoría llevando gran cantidad de vestidos en perjuicio de su propia comodidad. Una costumbre análoga se encuentra en África. Según Laird, «en grandes ocasiones el rey de Fundah y los hombres de su cortejo, tienen la costumbre de llenarse de guata los vestidos hasta darse un volumen ridículo (1).» Hay una costumbre parecida entre los Árabes. En el Kasim está en moda el llevar muchas camisas, «se ponen otra encima de la primera y una tercera sobre la segunda (2).» Casi no hay necesidad de decir que se establecen al mismo tiempo diferencias en la forma y calidad de los vestidos respectivos de las clases gobernantes y gobernadas. Evidentemente, el incompleto traje que viste el esclavo debe distinguirse por la forma así como por la cantidad de la tela, del traje completo del dueño; evidentemente también, el traje que se le permite llevar en calidad de esclavo debe ser relativamente tosco. Pero además de las distinciones que señalan las categorías en las épocas primitivas, deben más tarde formarse distinciones nuevas. Como las guerras entre las pequeñas sociedades, acaban de tiempo en tiempo por la servidumbre de algunas de ellas, debe suceder que, cuando el traje de la clase gobernante de la nación conquistadora difiere del de la clase gobernante de la conquistada, aquella se hace el privilegio distintivo de la clase gobernante superior nuevamente instituida. Tenemos la prueba de que diferencias de esta clase tomaron origen á consecuencia de la extensión de la dominación romana. Los habitantes de la Galia inscritos como ciudadanos romanos, llevaban el traje romano y constituían un orden privilegiado. «Los Galo-romanos, incomparablemente más numerosos... estaban obligados á vestir de otro modo (3),» mientras que los hombres libres se distinguían de los esclavos y éstos de los colonos, por sus mantos.

Naturalmente, las distinciones de clase acaban por señalarse por el color de los vestidos, lo propio que por su cantidad, calidad y forma. Las telas bastas usadas en la clase servil deben naturalmente distinguirse por los colores oscuros que son los de las primeras materias empleadas; esto es lo que sucedía en Roma, donde «las personas pobres, los esclavos y los libertos llevaban hábitos del color natural de la lana, negro ó blanco súcio (4).» Por consiguiente, los

(1) Macgregor Laird and Oldfield. *Expedition etc.* I. 202.

(2) Palgrave. *Narrative of a Year's Journey through Central and Eastern Arabia.* London, 1865, 153.

(3) Quicherat. *Histoire des Costumes en France.* 25-31, 57-63.

(4) Guhl et Koner.

colores vivos servían generalmente para distinguir los hábitos de las clases gobernadoras que podían hacer el gasto de los colores caros. Se hallan ejemplos del mismo hecho en varios países. En Madagascar, «el soberano es el único que tiene derecho á llevar un traje color de escarlata (1).» En el reino de Siam «el príncipe y todos los que le acompañan en la guerra ó en la caza van vestidos de rojo (2).» El pontífice mogol, «el Kututuchtú y sus lamas, van todos vestidos de amarillo; ningún laico tiene derecho á este color, excepción hecha del príncipe (3).» En China también, el amarillo es el color imperial, cuyo uso está reservado al emperador y su familia. Entre los Chinos, los demás colores, carmesí, verde, etc., son signo de la categoría de los personajes importantes; los cinturones y los sombreros de brillantes colores distinguen las categorías. En Europa, al final del imperio romano, el uso de los colores de escarlata, de violeta y púrpura, era privilegio de las más ricas clases; la púrpura llegó hasta á convertirse en el color distintivo del emperador cuando su autoridad suprema estuvo reconocida definitivamente. En pueblos más modernos, causas análogas produjeron distinciones parecidas. En Francia, durante la Edad Media, solo los príncipes, así como los caballeros y damas de la más elevada categoría, llevaban vestidos escarlata, color el más costoso de todos. «Las leyes disponían que nadie debía vestir la púrpura, señal de elevada categoría, como no fuesen los nobles.» Arteveld, jefe de los insurgentes Ganteses, dice Froissard, «iba vestido de color de sangre ó escarlata, como el duque de Brabante y el conde de Hainaut.»

Dicho se está que al mismo tiempo que se desarrolla el gobierno ceremonial (lo que ocurre paralelamente á la elaboración de la estructura política), se reúnen diferencias de cantidad, calidad, forma y color, para producir los vestidos distintivos de las clases. Esto se vé mejor en los países cuyo gobierno es más despótico: en China por ejemplo, donde existen «entre el más elevado mandarin ó primer ministro, y el más inferior oficial de policía, nueve clases, todas distinguidas por un traje particular (4).» En el Japon, donde los dignatarios que acompañan al Mikado «visten de una manera particular... y se distinguen por tan grandes diferencias en el traje, que éste basta para reconocer fácilmente la clase á que pertenecen ó el cargo que en la corte desempeñan (5).»

(1) Ellis. *History of Madagascar.* I, 270.

(2) La Loubère. *De Royaume de Siam.* 1687, I, 75.

(3) Ibid.

(4) Sir G. Staunton. *Account of Lord Macartney's Embassy to China.* London, 1797, 244.

(5) Kämpfer. *History of Japon.* 43.

En fin; en los países europeos, durante la época en que reinaba el gobierno absoluto, cada clase tenía un traje distinto.

Las causas que originaron las insignias y los trajes, y que favorecieron su desarrollo, produjeron iguales efectos para los ornamentos: estos tienen, á la verdad, los mismos orígenes.

Para ver cómo los trofeos-insignias se convierten en ornamentos, no hay más que reunir á ciertos hechos recordados al principio de este capítulo, otros hechos que vamos á citar. En Guatemala, los Indios, cuando quieren celebrar las victorias de los pasados tiempos con danzas guerreras, «se cubren de pieles y llevan en la cabeza cabezas de animales.» Entre los Chibchas, los personajes de elevada categoría «llevaban cascos fabricados generalmente con la piel de animales feroces (1).» Limitémonos á recordar lo que ya hemos dicho, esto es, que en la Europa primitiva los guerreros se cubrían los hombros y la cabeza con despojos de animales salvajes (disponiéndose para llevar sobre su propia cabeza la piel de aquel animal), y añadamos el retrato que nos hace Plutarco de los Cimbrios, cuyos cascos representaban cabezas de bestias fieras. De aquí deduciremos que los ornamentos de los cascos de metal fueron originariamente imitaciones de los trofeos del cazador. En apoyo de esta conclusion vienen los hechos ya citados y otros que nos hemos reservado. Los Achantis, como hemos visto, forman trofeos con las quijadas humanas, se sirven igualmente de quijadas verdaderas y de quijadas de oro para usos decorativos: con las quijadas verdaderas adornan sus instrumentos de música y llevan sobre sí mismos sus imitaciones en metal (2). Entre los Malgachos se encuentra una costumbre análoga. Llevan adornos de plata parecidos á dientes de cocodrilo, señal nada dudosa de que los dientes de plata han venido á reemplazar los dientes verdaderos antiguamente llevados como trofeo (3).

Tenemos para dudar de ello tanta menor razon, cuanto que en la mayor parte de los países vemos fabricados con reliquias pequeñas y duraderas de los hombres y de los animales vencidos, los adornos de las personas. Entre los Caribes, los Tupis, los Moxos y los Achantis, los dientes humanos sirven para hacer brazaletes y collares. En otras partes se usan para el mismo objeto dientes de bestias feroces, sobre todo de las más terribles. Los collares entre los

(1) Piedrahita. *Historia del nuevo reino de Granada*.

(2) J. Dupuis. *Journal of a Residence in Ashantee*. London, 1824, 71.

(3) Ellis. *History of Madagascar*. I, 283.

Dyaks del interior están formados con dientes de tigre. Los naturales de Nueva Guinea adornan su cuello, brazos y cintura con dientes de jabalí. Los de las islas Sandwich fabricanse brazaletes con colmillos de jabalí pulimentados y aretes para las piernas con dientes de perro. Entre los Dacotahs se lleva «una especie de collar hecho con garras de osos blancos de tres pulgadas de largo (1).» Entre los Kukis «uno de los adornos de uso comun para los hombres es un brazalete formado con dos colmillos de jabalí, unidos para formar un anillo. Entre el número de objetos que un dyak lleva colgados de su oreja, Boyle cita «dos colmillos de jabalí y un diente de aligador (2).» Una jóven cautiva de Nueva Zelanda, expresando en sus lamentaciones el género de vida que ella llevaria en su país, dice estas palabras: «El diente de tiburón se balancearia en mi oreja (3).» Sin duda que los pequeños objetos de colores y formas atractivas servian naturalmente al salvaje que quiere adornar su persona, pero su orgullo que se complace en ostentar las pruebas de su valentía, le llevará á sacar partido de sus trofeos, si los posee, con preferencia á todo lo demás. El motivo por el cual los Mandanos guarnecen sus prendas de piel de búfalo «con una franja de cabelleras (4),» por el que un jefe naga adorna su collar «con mechones de pelo de sus víctimas (5),» y el hotentote su cabeza con vejigas de bestias salvajes muertas por él (6), segun lo que cuenta Kolben; este motivo tiene inevitablemente por efecto el transformar en ornamentos los trofeos siempre que esto es posible. Al escribir esto doy con una prueba directa de ello. Entre los indios Serpientes, dicen Lewis y Clarke,

«el collar más estimado por ser el más honroso, está formado de garras de osos grises. Matar uno de estos animales es una hazaña tan ilustre como la de matar á un enemigo, y en realidad, con sus armas, es para los salvajes una prueba de valor mucho más peligrosa. Se cuelgan estas garras de un rodillo de cobre adornado con cuentas de rosario: los guerreros le llevan alrededor del cuello con orgullo (7).»

Otros hechos concurren á dar la idea de que un gran número de objetos

(1) Lewis and Clarke. *Travels etc.* 44.

(2) F. Boyle. *Adventures among the Dyaks of Borneo*. London, 1865, 95.

(3) Dr. A. S. Thompson. *The Story of New Zealand. Past and Present, Savage and Civilized*. London, 1839, I, 164.

(4) G. Caltin. *Lettres etc.*, I, 110.

(5) *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, VIII, 464.

(6) P. Kolben. *Present State of Cape of Good Hope*. I, 198.

(7) Lewis and Clarke. *Travels etc.* 153.

empleados como adornos, estaban primeramente destinados á reemplazar trofeos con los cuales tenían alguna semejanza. Los naturales del Congo, nos dice Tuckey, hacen sus collares, brazaletes, etc., con anillos de hierro y cobre, dientes de león, conchas y semillas de plantas (1). Eso nos hace pensar que los dientes de león mantienen con las conchas y las semillas la misma relación que los diamantes con las ostras.

De los hechos en que el ornamento es un verdadero trofeo, pasamos á otros en que ocupa abiertamente el lugar de tal. Es costumbre en los Chibchas, según Acosta, que los más fuertes y bravos de sus guerreros «tengan agujereados los labios, la nariz y las orejas, y de ellos cuelgan cadenas formadas de plumas de oro, en número igual al de los enemigos que han muerto en la guerra (2)». Es probable que estos adornos de oro, en otro tiempo imágenes de verdaderos trofeos, han perdido lo que hacía que se les parecieran.

Si tal es el origen de estos adornos, se hacen distintivos de la clase de los guerreros y su uso está prohibido á los inferiores. Estas prohibiciones se encuentran en varios países. En los Chibches «está prohibido á la gente del pueblo el uso de pinturas y de trajes adornados con decoraciones y joyas.» Lo mismo en el Perú «ningun individuo de las clases inferiores podía usar oro ó plata sin un permiso especial.» Sin relatar un gran número de hechos tomados de países más próximos, bastará decir que en Francia durante la Edad Media el uso de joyas y platería, que era señal de categoría elevada, estaba vedado para las personas inferiores.

Dicho se está que, los adornos, trofeos reales al principio y luego representaciones de trofeos fabricados con materias preciosas, dejando al cabo de parecerse á los trofeos por no ser ya que más que distinciones honoríficas concedidas á los guerreros valerosos por sus jefes militares (como en Roma imperial, donde el uso de brazaletes se otorgaba por medio de decreto) no pueden menos de pasar de uniformidad relativa á una relativa multiformidad. A medida que la sociedad se complica, se originan diferentes clases de órdenes; estrellas, cruces, medallas, etc. Estas órdenes, sino todas, en su mayor parte, nacen de la guerra. Aun en los países cuya organización militar regida por rigurosas formas se perpetúa después que su vida ha dejado de ser militante, se encuentran adornos usados para marcar grados de otro género. En China por ejemplo, los bo-

(1) Tuckey. *Narrative of and Expedition etc.* 362.

(2) Acosta. *Historia natural y moral etc.* 219.

tones de colores diferentes sirven para distinguir según cuales estos sean, los diferentes grados ó jerarquías de mandarines.

No obstante, no se crea que todos los cargos quiera yo explicarlos de la misma manera. Ya reconocí que el sentido estético rudimentario que dá al salvaje el gusto para pintar su cuerpo, desempeña indudablemente un papel en la inclinación que le induce á servirse de objetos atractivos como adornos. Todavía pueden invocarse otras dos causas. Cook nos enseña que los naturales de Nueva Zelanda cuelgan de sus orejas las uñas y los dientes de sus padres muertos; por último las reliquias mucho más voluminosas con que en ciertos países vense cargadas las viudas y otras mujeres, pueden también á veces cambiarse en adornos. Hasta parece que las insignias del esclavo sufren una transformación análoga. El uso de un anillo pendiente de la nariz que según las esculturas serias, parece servía para conducir á los cautivos prisioneros de guerra, uso distintivo de los sacerdotes, por ejemplo, que entraban al servicio de ciertos dioses en la antigua América, y que aun en nuestros días existe en Astrakan, como señal de consagración (1), es decir, de sujeción, esta costumbre, parece haber perdido su significado en otras partes y no haberse ya conservado sino en concepto de adorno. En este caso, el cambio es análogo al que se produjo con los signos grabados en la piel.

No podemos decir que el deseo de obtener favores, causa de la extensión de la costumbre de regalos y saludos, de fórmulas de cumplido y de títulos, lo fuese también de la generalización del uso de las insignias de los trajes y de los adornos. Es de suponer que en este caso, fueron más bien las clases inferiores las que trataron de elevarse tomando las señales distintivas de las superiores, y que habiéndose hecho temibles, les fué ello permitido con el objeto de conciliárseles.

Hemos ya observado de paso que ciertas insignias de categoría, tales como la espada y la espuela convirtiéronse en privilegio de las clases inferiores, á pesar de las prohibiciones legales. Se puede probar también que lo mismo aconteció con los vestidos y los adornos. Así sucedió en Roma. «Todas estas insignias, escribe Mommsen, correspondían probablemente, al principio, á la nobleza propiamente tal, es decir, á los agnados de los magistrados curules; no obstante, como acontece con esta clase de ornamentos, extendióse su uso á

(1) Bell, *Travels from Saint-Petersbourg to Asia.*